



Texto: Idoia Huici
Ilustración: Anabel Gaudioso

Capítulo 16

Un episodio con un fantasma (o dos)

Hoy me ha dado por recordar algo que me sucedió un atardecer de hace unos dos años.

Mi esposa, Marisa, y yo, estábamos en el Café Central, sentados tras la cristalera, cuando una figura femenina que paseaba por la calle atrapó mi atención. Seducido, tal vez intrigado por aquella llamada sorda, apuré el capuchino, rescaté mi purito del cenicero y escapé al espléndido instante que se me prometía. Mi mujer, acostumbrada a mis arrebatos seniles, no tuvo más remedio que seguirme. La pobre.

Los tertulianos de la mesa contigua, habituados a mis devaneos, prosiguieron su conversación sobre algo que ya no recuerdo y me observaron de soslayo mientras me incorporaba de mi asiento. Más de uno reprimiría, a buen seguro, un comentario sesudo y aburrido sobre mi escapada. “Allá ellos si están más muertos que vivos”, me dije. Yo nunca he podido resistirme a las justas reivindicaciones de los sentidos.

Empujé con dificultad la puerta del café y la ternura con la que el aire acarició mi rostro hizo asomar una lágrima a mis ojos, aunque, lejos de avergonzarme por ello, agradecí aquel pellizco de vida. Se lo comenté para mis adentros a Marisa y ella, como siempre, asintió comprensiva. Después de veinte años viudo, la soledad compartida con un fantasma se convierte en un peldaño más en la escalera de la vida. Una vez fuera del local, decidí aventurarme por la avenida que, en aquella época del año, se encontraba repleta de terrazas cubiertas de cristaleras.

A los pocos minutos de comenzar a caminar, mi mirada se topó incrédula con la espalda de la mujer que nos había levantado de nuestra apacible merienda.

Sus piernas me parecieron tan delicadas y fibrosas como las de los pura sangre blancos que veía correr en mi juventud, en los hipódromos de Argentina. Como un nido cálido y acogedor, el hueco trasero de sus rodillas marcaba el comienzo de una falda de ligera lana, entallada a unas caderas coronadas por una cintura antigua, estrecha. Su rebeca, de aquel tejido casi etéreo permitía adivinar sus omóplatos, delicados como los huesecillos de una perdiz.

La nuca, del mismo tono cerúleo que los nidales, quedaba expuesta a los picoteos de mi mirada ya que su pelo, cortado a lo *garçon* y negro como un cuervo, la desvelaba. Los sencillos zapatos de tacón y la falda y la chaqueta, ingravidas, eran de una exquisita calidad y parecía como si los últimos rayos del día hubieran impregnado sus tejidos. Pregunté a mi mujer si aquello no sería una aparición “¿Marisa, estoy muerto?”, le dije. Me miró como cuando salimos del café.

Inspirando el aire de la tarde por todos los poros de mi piel, absorbía la vitalidad de una ciudad en hora punta como si fuera una bombona de oxígeno y me lancé tras la mujer resuelto a no perder su estela mientras las fuerzas me lo permitieran. Su forma de deslizarse más que de caminar dejaba huella y los paseantes que se la cruzaban, se giraban, incrédulos. Su paseo emanaba una melodía tenue y acogedora que nos aislaba a los tres del caos. El sutil balanceo de sus brazos mecía un diminuto bolso que colgaba de su hombro.

Al cabo de un cuarto de hora renqueando detrás de aquella figura, me sentí como un perrito, atado del cuello por una correa invisible soportada por una mujer sin rostro.

El anochecer proyectaba sombras en su nuca y, a cada paso, parecía convertirse en un espectro. Mis ojos, agotados, la perdían para enseguida encontrarla. Desconocía por cuánto tiempo más podría seguirla y cuando empezaba a sopesar la idea de desistir, la mujer se detuvo frente a una tienda de lujo. Antes de agarrar el pomo de la puerta de la *boutique*, giró su talludo cuello hacia donde yo me encontraba, petrificado. La farola que colgaba del dintel de la entrada iluminó en su impávido rostro una mirada hueca. Antes de que tuviera tiempo de acercarme, ella había traspasado el umbral de la tienda. Giró mecánicamente hacia la izquierda y subió el escalón que la elevaba a la plataforma enmoquetada de negro, ante la cristalera blindada que daba a la calle. Alumbrada cenitalmente por los miles de vatios del escaparate, la mujer se sentó sobre un rígido sillón de cuero granate, cruzó sus piernas color marfil y se acomodó sin expresión en el que parecía su lugar natural en la tierra.

Entonces, la noche llegó a la ciudad dejándonos a oscuras a Marisa y a mí.